

Movilidad, restructuración y clase social en México: el caso de Guadalajara¹

Agustín Escobar Latapí

Introducción

HACE 25 AÑOS SE DIERON en Brasil los primeros pasos hacia la transformación del modelo de desarrollo entonces dominante en Latinoamérica, el cual se basaba en la industrialización por sustitución de importaciones. Hace 20 años, en Chile, Uruguay y Argentina, los regímenes militares pusieron en marcha las reformas económicas internas que a partir de 1982 se generalizaron en el continente merced a la crisis económica general. Aunque la suerte de cada país no ha sido la misma, el sentido de estas reformas sí ha coincidido.

El presente artículo se propone contribuir a aquilatar hasta qué punto y de qué manera las crisis y las reformas económicas *han cambiado la forma de producción de la estructura social*. Para tal fin parte de dos premisas: la primera es que un fundamento de las reformas ha sido *el cambio de los patrones de inserción y aplicación de la fuerza de trabajo* (lo cual implica imponer nuevos modelos y nuevos niveles de explotación y de acumulación, nueva orientación de las actividades productivas y una nueva matriz económica). En otras palabras, la apertura, la privatización, el retiro del Estado tímidamente social, etcétera, son todas reformas que fracasan si no se logra cambio en el trabajo.

La segunda premisa es que *el mercado de trabajo es un agente crucial en la producción de la estructura social* al reunir (o confrontar) la fuerza de trabajo y los trabajos (empleo, autoempleo, pequeña propiedad de negocios, trabajo para la reproducción). Las formas que adquiere la distri-

¹ El autor agradece los comentarios de Fernando Cortés, Humberto Muñoz, Patricia Chalita, Henry Selby y Harley Browning a versiones o fragmentos preliminares, así como los de dos dictaminadores de esta revista a un primer borrador. La Fundación Ford, por otra parte, financió el estudio.

bución del capital tienen un efecto fundamental en la estructura social, pero también lo tiene el mercado de trabajo: el cambio o “liberación” de las condiciones salariales, sindicales, legales, etcétera, sobre el mercado de trabajo —que consideramos un reordenamiento activo e impositivo y de ninguna manera una “liberación” en sentido estricto— busca conseguir una nueva forma de inserción de la población en el trabajo. La consecuencia de este reordenamiento es que las trayectorias laborales previamente dominantes se modifican sustancialmente y, por tanto, las formas de producción de la estructura social —que dependen de la estructura de las ocupaciones, de las condiciones de movilidad de los individuos entre ocupaciones y de la capacidad de los grupos sociales de reproducir su acceso a esta estructura— se alteran también.

Con esta ubicación analítica privilegiada del mercado de trabajo el analista elige una opción según la cual el conocimiento de los procesos de estructuración implícitos en las trayectorias laborales es más profundo que el de la estructura mostrada por un censo o por una serie de encuestas “sincrónicas”. Una serie de encuestas o censos comparables muestra resultados. Un estudio de historias individuales o de hogares, muestra procesos que conducen a esos resultados. La composición ocupacional o la estructura de empleo no pueden entenderse como estructura social o de clases en tanto no se conozcan los procesos que definen la ubicación de individuos y grupos dentro de ella. Estos procesos se estudian en el análisis sociológico (no económico) del mercado de trabajo cuando se incluye en ellos la llamada movilidad social (que ocurre dentro del mercado en sentido estricto o que está fuertemente influida por éste). En otras palabras, los análisis de mercado de trabajo y de movilidad social, que en la bibliografía sociológica pertenecen a especialidades distintas, se refieren a la operación de los mismos agentes fundamentales y a los mismos procesos sociales. La definición de cierta movilidad ocupacional como “social” es una convención que parte del reconocimiento de estratos ocupacionales (Blau y Duncan, 1967) o bien de “clases de mercado” (Goldthorpe, 1987), es decir, de grandes grupos de ocupaciones que comparten oportunidades y, en las obras más materialistas sobre el tema, de condiciones de acceso a las diversas formas de capital; pero los cambios de empleo que no implican un distinto estatus ocupacional o de clase también deben considerarse movilidad social, pues forman parte de los procesos de reproducción y cambio de la estructura social.²

² Esta definición de mercado de trabajo en sentido amplio se aleja de la de los economistas “radicales” o segmentaristas de Estados Unidos, que es la que el autor usó en otros textos (Escobar, 1986a y 1986b), y se acerca, por una parte, a la llamada “estructura de oportunidades” y, por la otra, al enfoque “antropométrico” de Bertaux (1977).

Esto no significa que el mercado de trabajo sea el único agente de la estructura social: hay determinantes “previos” al mercado (capital, socialización, escolaridad, redes sociales), agentes “internos” al mercado —que surgen de los modos de aplicación de la fuerza de trabajo, es decir, del proceso de trabajo y de las formas de interacción social que éste implica, incluso los sindicatos— y agentes “posteriores”, fundamental, aunque no únicamente los grupos y formas de reproducción social. Pero el mercado —en su sentido amplio— sí sintetiza, hace operar y manifiesta todos los otros cambios. La pregunta que guía este trabajo es entonces si el periodo de crisis y reformas se caracteriza por nuevas oportunidades ocupativas y laborales para la fuerza de trabajo, por *un nuevo sistema de relaciones entre las posiciones de la fuerza de trabajo y una nueva estructura de oportunidades de los individuos en distintas posiciones*, es decir, por nuevos patrones de desigualdad social en el trabajo. En otras palabras, las ocupaciones y los niveles jerárquicos (de ingresos, escolaridad, autoridad, capacidad del control del trabajo de otros, capacidad de evadir la relación de trabajo asalariado dependiente), por un lado, y la posibilidad de acceder a una ocupación desde otra (la estructura de oportunidades definida a través de las trayectorias ocupacionales de las personas) por otro, se modifican si las reformas satisfacen las dos premisas antes mencionadas.

Los conceptos básicos

Sin embargo, para aceptar estas premisas es necesario hacer dos aclaraciones respecto de la definición y los alcances de sendos conceptos: uno, es el de mercado de trabajo y otro el de “segmentación” o conformación de grupos segregados en el mercado.

En primer lugar, el concepto de mercado de trabajo al cual hay que referirse, para comprender el proceso de producción de la estructura social es mucho más amplio que el utilizado normalmente: en efecto, esta institución debe entenderse como el conjunto de procesos de movilización o circulación y ubicación de la fuerza de trabajo social en actividades y ocupaciones en las sociedades capitalistas.³ Esto significa que el mercado de trabajo en sentido amplio incluye el conjunto de los procesos sociales de ubicación y movilización de la fuerza de trabajo. En México, dos terceras partes de las mujeres económicamente activas (se cuenta a

³ Esta definición se acerca más al concepto básico de Bertaux (1977) que a las utilizadas normalmente en Latinoamérica, Estados Unidos y Gran Bretaña, por razones históricas claras.

las amas de casa como parte de la fuerza de trabajo social, porque su trabajo es productor de bienes y servicios) y una tercera parte de los hombres quedan fuera técnicamente del mercado. La razón para mantener el concepto de mercado de trabajo y ampliarlo para el análisis de la producción de la estructura de clase es que en nuestra sociedad el mercado afecta *todas* las formas de aplicación del trabajo: *los trabajadores familiares sin remuneración* pueden optar por convertirse en asalariados cuando cambian las condiciones del negocio familiar o del mercado; *los trabajadores por su cuenta* pueden encontrarse ante una estructura de opciones que incluye formas asalariadas y no asalariadas, entre las cuales escogen según sus necesidades de ingreso, de seguridad laboral y social, de capacidad de control de su horario; *las personas dedicadas a su hogar* también pueden verse forzadas a vender una parte o toda su fuerza de trabajo por salario o a través del autoempleo cuando descenden los ingresos de otros miembros familiares, o pueden optar más libremente cuando las condiciones domésticas y del mercado lo favorecen. En otras palabras, las condiciones del mercado definen el conjunto de opciones de desempeño laboral, aunque no las abarquen todas.

En segundo lugar, la noción de segmentación del mercado de trabajo que hemos usado normalmente es bastante pobre e insatisfactoria. En América Latina se partió de circunscribir en los años cincuenta y sesenta a una población que aparentemente carecía de posibilidades de ingresar a la economía moderna y que, por lo tanto, subsistía, “en los márgenes” de la misma, en actividades de baja productividad (Nun, 1969). En el lenguaje posterior de los mercados de trabajo había “segmentos” marginales y modernos, aunque en ese tiempo no se llamaron así; después, la noción de un sector informal tomó el lugar de la marginalidad, pero su función conceptual fue, en una de las escuelas (la de la OIT-PREALC), la misma: circunscribir a un sector de la población económicamente activa que se desempeñaba en actividades de fácil ingreso, poca remuneración y una forma especial (no formal) de funcionamiento. Esta escuela postuló también la dificultad de ingreso al sector formal moderno como una de las razones de la creación del sector informal y, por lo tanto, formuló indirectamente dos segmentos del mercado de trabajo. Esta visión fue rechazada por Portes y Walton (1981), quienes establecieron que la definición del trabajo informal partía de una división en las formas de subordinación al capital, y no de la impermeabilidad del sector moderno capitalista: podía haber circulación de personas entre los sectores y, por lo tanto, el mercado no estaba segmentado en sectores formales e informales. Sin embargo, estos autores no fueron consistentes con su propia afirmación, y Portes posteriormente (1985) publicó un artículo clásico en el cual afirma que Latinoamérica está constituida por *clases sociales for-*

males e informales distintas. Las clases se dedujeron de la estructura ocupacional como si no fuera significativa la movilidad entre las ocupaciones ni los procesos de circulación de mano de obra social. Una vez más, la segmentación formal/informal.

Los grandes estudios sobre urbanización y desigualdad social de las décadas de los sesenta y setenta, mientras tanto, seguían su propio camino, y encontraban fenómenos de otra índole.

En primer lugar, la urbanización estaba produciendo altos niveles de movilidad social, explicados, en primera instancia, por el abandono de la agricultura, pero también por el crecimiento relativo de los estratos no manuales y de los sectores modernos. Aunque estos estudios (Balán *et al.*, 1973; Muñoz *et al.*, 1977; Pastore, 1978) encontraron gente atrapada en “callejones sin salida” del mercado de trabajo o en “trayectorias oscilantes”⁴ estas personas no estaban tanto fuera del sector moderno cuanto atrapadas en los estratos más bajos e inseguros; la segmentación se delineaba por estratos ocupacionales no por “sectores”. Según Muñoz y Oliveira (1979) y Gregory (1987), el mercado moderno fue, en México, perfectamente capaz de absorber el creciente flujo de trabajadores, producido por los cambios agrícolas y agrarios y por el rápido crecimiento demográfico.

En segundo lugar, cuando estos estudios empezaron a tomar en cuenta a las mujeres, primero como migrantes (Arizpe, 1975) y posteriormente, como integrantes de la fuerza de trabajo urbana, concluyeron (Pastore, 1978 y Escobar, 1984) que el género era una dimensión fundamental de diferenciación de oportunidades en el mercado de trabajo.

Todo esto, sin embargo, fue anterior al desarrollo del estudio de trayectorias laborales, es decir, como secuencias de actividades que pudieran ser analizadas en grandes agregados. Tanto los análisis de Balán *et al.*, como los de Muñoz *et al.*, se basan no en trayectorias, sino en las posiciones alcanzadas por distintas cohortes de migrantes y nativos, a pesar de lo cual sus resultados son relevantes para el análisis del mercado de trabajo; además, desarrollaron y utilizaron conceptos útiles para su análisis, tales como el de “carrera” (Balán, 1969), que se refiere precisamente a la lógica acumulativa de las secuencias de empleos y ocupaciones y que, posteriormente, se empleó en los análisis de trayectorias laborales (Escobar, 1984 y 1986a y Dombois, 1992, 1993). Estas trayectorias tampoco se referían a la problemática analítica del mercado de trabajo, sino a la de la modernización, la marginalidad y la desigualdad social. Aunque la relación entre la primera y las demás es obvia, el enfoque analítico es distinto.

⁴ Tomo este término de Allison McEwen Scott.

Los primeros análisis directos de las trayectorias como secuencias de ocupaciones (Escobar, 1984 y 1986a;⁵ Dombois, 1992, y Pries, 1992) referidos directamente a la definición del funcionamiento del mercado de trabajo urbano (en su sentido estricto, no amplio) encontraron: *a*) una segmentación básica a partir del género (Escobar); *b*) altos niveles de movilidad de fuerza de trabajo entre empresas formales e informales, y la consecuente inutilidad de la noción de “sector informal” desde el punto de vista del mercado de trabajo (Escobar, Dombois y Pries); sólo se delimitó un segmento informal, el de mujeres casadas (Escobar), y *c*) la presencia de altos niveles de relaciones de trabajo informales (trabajadores sin contrato, sindicato ni seguridad social) en grandes empresas (Escobar).

En un segundo análisis del material de Guadalajara (Escobar, 1986b), se partió de las ideas metodológicas de los llamados economistas radicales o segmentaristas estadounidenses (Gordon, Edwards y Reich, 1973 y 1982 y Edwards, 1979)⁶ para delimitar tipos de procesos de trabajo y, a partir de ellos, identificar segmentos. Este análisis identificó tres segmentos basados en procesos de trabajo: el llamado *endógeno*, fuertemente definido por oficios; el *descalificado*, que incluía una gran cantidad de movilidad laboral “informe” o abierta y que absorbía contingentes significativos de migrantes rurales en las industrias de la construcción y manufacturera moderna, y el llamado *exógeno burocrático*, el que más restringía la movilidad externa y más sujetaba la movilidad y el desempeño laboral a reglas explícitas. Lo significativo de la definición de los segmentos por esta vía fue que:

1) Los segmentos no se identificaban con empresas, sino con procesos de trabajo: dentro de una misma empresa había distintos procesos de trabajo, y trabajadores en segmentos también distintos.

2) Los dos primeros abarcaban empleos y empresas informales y formales y, por lo tanto, se abría hacia ambos una estructura de opciones para esos trabajadores.

3) Había un notable efecto de ciclo de vida laboral, por el cual los trabajadores urbanos (en especial los que se desarrollaban en el segmento endógeno) empezaban su trayectoria en empleos informales, en su juventud ingresaban a empleos y empresas formales y hacia los 35 años volvían a trabajar de manera informal, esta vez como autoempleados o

⁵ Estos análisis de la ciudad de Guadalajara se basaron en una muestra de trabajadores manuales de 55 empresas manufactureras (industriales y de la construcción) y de siete oficinas gubernamentales aplicada en 1981-1982.

⁶ Escobar (1993) hace, posteriormente, una crítica de esa escuela desde el punto de vista de las necesidades de análisis del mercado de trabajo en Latinoamérica.

patrones de otros. Esto significaba que la segmentación debía definirse no únicamente en función de la estructura de opciones en un momento dado, sino también del desarrollo del ciclo de vida laboral.⁷

Posteriormente, Dombois (1992) partió de la identificación de grupos ocupacionales para definir ámbitos o segmentos de una parte del mercado de trabajo manual de Bogotá, primero, de manera muy parecida a la anterior y después (1993) de manera nueva, ya que añadió un ámbito más, pero con la misma metodología. Por su parte, Pries (1992) encontró fenómenos similares a los anteriores en Puebla.

Entonces se generó un consenso metodológico y sustancial sobre los dominios o segmentos de los estratos manuales de los mercados de trabajo latinoamericanos. Este consenso se encuentra *a)* en la definición del mercado de trabajo como una institución que rebasa el salario (esto ocurre más de manera implícita que explícita en esos análisis, pero es significativo porque todos incorporan el autoempleo); *b)* en los métodos de definición de los segmentos por medio de los procesos de trabajo y de las trayectorias, y *c)* hasta cierto punto en la definición de los ámbitos, dominios o segmentos, pues tanto Escobar como Dombois encuentran tres muy parecidos (Dombois encuentra uno adicional en Bogotá, y muestra particularidades en el funcionamiento de los otros tres). Huelga decir que precisamente el uso de métodos parecidos sugiere que será posible conocer las razones por las cuales los segmentos son distintos, y que podría pensarse en la construcción gradual de tipologías de mercados de trabajo a partir de estudios locales o regionales con métodos parecidos. Sin embargo, hay divergencias importantes entre estos tres estudios acerca de usar o no la dicotomía formal/informal (Escobar la utiliza para criticar a Portes y Walton y sugiere que puede ser útil como una dimensión del análisis de las relaciones de trabajo; Dombois y Pries la rechazan, lo mismo que Rendón y Salas, 1992).

Sin embargo, aunque haya importantes similitudes de método, no se puede decir hasta el momento que el de identificación de segmentos descrito desemboque en consenso sobre éstos: el proceso aún necesita la intuición del investigador en la formulación de uno u otro conjunto de segmentos, y es posible formular varios conjuntos de segmentos para el mismo mercado de trabajo local en el mismo momento. Lo que este método sí permite, de manera muy exitosa, es cuantificar la movilidad que se produce entre supuestos sectores o segmentos comunicados. Es un método “fuerte” para rechazar formulaciones existentes. Por esto fue

⁷ Esto fue posteriormente encontrado por Dombois (1992) en Bogotá, y por Pries (1992) en Puebla.

posible derribar, en estos estudios locales, la idea de un sector informal de trabajadores.

Una limitación del método, hasta ahora, es que se ha utilizado en estratos predefinidos del mercado de trabajo como si éstos fueran autocontenidos, pero no lo son.⁸ Estos estudios parciales (de un estrato o grupo) hacen aportes importantes sobre las características de la movilidad en el seno de estratos o grupos ocupacionales específicos, pero no pueden mostrar la contribución de ésta al conjunto de los sistemas de movilización y ubicación de la fuerza de trabajo en la sociedad. Los estudios urbanos de los años sesenta y setenta mostraron niveles muy altos de movilidad laboral y social tanto ínter como intrageneracional hacia afuera del estrato de trabajadores obreros o manuales, por la transformación de la estructura ocupacional de Latinoamérica, y el estudio presente desea rescatar la idea de la movilidad laboral en el conjunto de la estructura ocupacional. De esta manera este artículo pretende superar la limitación de estos estudios.

No obstante, una noción amplia de mercado de trabajo implica también una noción amplia de segmentación: sobre todo en las actuales condiciones de restructuración económica, la delimitación de las trayectorias es menos factible a partir de procesos de trabajo⁹ (y, por lo tanto, de grupos ocupacionales) y debe hacerse de manera más empírica, *a partir de las propias trayectorias* y tomando en cuenta el conjunto de las ocupaciones y las actividades laborales de la población. Por ejemplo, un cambio importante en la estructura de opciones de la población metropolitana mexicana en los años ochenta es que la migración a Estados Unidos se convierte en un recurso más frecuente en las áreas urbanas, y la inserción laboral en ese país guarda escasa relación con el proceso de trabajo de la ocupación de partida en México (hay excepciones); otro cambio es el aumento visible del autoempleo. *Con la restructuración se producen desorden y turbulencias en las trayectorias previamente reconocidas, y las estructuras de opciones se abren y cierran de nuevas formas.* Además, la nueva flexibilidad de las relaciones laborales, aún incipiente, pero que empieza a extenderse, implica también que los trabajadores pueden desempeñarse en ámbitos laborales distintos, y menos especializados.¹⁰

⁸ Esto se debe, obviamente, a la gran importancia de la discusión sobre la naturaleza y el desarrollo de la clase obrera (Edwards, Gordon y Reich, 1972) en el desarrollo de los análisis de los mercados de trabajo. Sin embargo, ésta ya no es la preocupación fundamental de los análisis actuales.

⁹ Básicamente, porque los procesos de trabajo están cambiando.

¹⁰ Una consecuencia de la flexibilidad y la multivalencia obrera es destruir el sentido

Así, en este análisis se considera el conjunto de los estratos ocupacionales y se examinan las movilidades laboral y social en función de la desigualdad en la probabilidad de acceso a ciertos estratos respecto de otros —y también respecto de los estratos iniciales—. Esta desigualdad es lo que, para propósito de este estudio, llamamos segmentación.

Movilidad, crisis y restructuración en Guadalajara

¿Hay nuevos patrones de movilidad de los trabajadores? Esto sólo se puede saber a partir de los patrones previos, y uno de los problemas de este tipo de análisis es que no hay suficientes antecedentes comparables para que de un solo periodo se extraigan respuestas confiables. El mercado de trabajo de Guadalajara —el caso que aquí se aborda— se estudió en 1982, pero sólo en los estratos manuales de la industria, de la construcción y de algunos servicios públicos. Sin embargo, la falta de antecedentes comparables se obvia (con ciertas salvedades, que pueden consultarse en Escobar, 1992)¹¹ con la recopilación de historias laborales o bien, completas, o bien, lo suficientemente retrospectivas para que se registre tanto la movilidad previa como la posterior a un momento determinado. En este caso, se eligieron los periodos 1975-1982, correspondiente al auge petrolero mexicano, y 1982-1990, de crisis y restructuración, como bases para comparar las movilidades laboral y social.

La información

Se aplicó un par de módulos de preguntas que se añadieron a la Encuesta Nacional sobre Empleo Urbano del tercer trimestre de 1990, en Guadalajara, cuyo marco muestral consta de 3 500 hogares y 5 600 trabajadores, de los cuales responde normalmente 86-90% (en el caso de

progresivo y acumulativo que tenía una parte de las trayectorias laborales. Sería conveniente averiguar si en las plantas nuevas, o reformadas, subsisten las carreras y, si es así, sobre qué bases.

¹¹ El principal problema de falta de antecedentes es que, al analizar el conjunto de posiciones pasadas de una muestra entrevistada en un momento dado, se está sujeto a sesgos por la supervivencia diferencial (dentro de la muestra) de individuos con antecedentes distintos. Como se afirma en el texto de referencia, éste podría ser un problema para reconstruir las posiciones pasadas de las mujeres, sobre todo de estratos bajos, pero no necesariamente para los antecedentes del conjunto de los hombres. De todas maneras, se debe comprender que no se busca reconstruir estructuras pasadas con este estudio, sino patrones de movilidad.

esta encuesta respondieron 3 056 hogares y 4 917 trabajadores). Esta ciudad tiene aproximadamente 3.5 millones de personas,¹² es la segunda en tamaño en México y la tercera en producción industrial. Además de las preguntas comunes en esa encuesta, el autor incluyó otras sobre la organización doméstica y sobre la historia ocupacional de los individuos en los dos periodos mencionados, además de aportar información sobre cambios de ocupación, de patrón y de giro, e información específica sobre su situación laboral en cada momento elegido y una pequeña sección especial sobre migración a Estados Unidos.

1. Migración y movilidad ocupacional

En México, hace 20 años, la movilidad geográfica era básicamente rural/urbana, la cual consistía en la transferencia de fuerza de trabajo de la agricultura, tanto tradicional como comercial, a actividades “urbanas” y “modernas”, concentradas en las mayores ciudades de cada país. Así, se crearon las “ciudades de campesinos” (Roberts, 1978). Esto implicaba, en términos de mercados de trabajo que la movilidad geográfica acarrearba movilidad ocupacional y sectorial (Cabrera, 1975, Unikel y Ruiz Chiapetto, 1975), así como el cambio de una lógica productiva a otra, de un “modo de producción” a otro. Esta transferencia de mano de obra constituyó, durante los años cuarenta, cincuenta y principios de los sesenta, la mayor parte de la movilidad social en México. En otras palabras, la mayor parte de la movilidad social “ascendente” del periodo de sustitución de importaciones se produjo por migración rural/urbana, y el grueso del “ascenso” se limitaba al paso de trabajos manuales en la agricultura a trabajos manuales en la construcción, la manufactura o los servicios en las ciudades (Balán, Browning y Jelin, 1973).

Sin embargo, con el paso del tiempo la movilidad geográfica se generalizó al punto de que, en 1980, 45% de la población censada vivía en un lugar distinto al de su nacimiento. Al mismo tiempo, sus destinos dejaron de ser predominantemente metropolitanos, es decir, la migración se dio más a ciudades pequeñas y medias, las que cobraron un dinamismo creciente desde entonces y hasta la fecha (Arroyo y Velázquez, 1990).

¹² Según el Censo de Población y Vivienda de 1990, los tres municipios del AMG tenían 2.8 millones de habitantes. Sin embargo, un conteo promovido por el gobierno del estado arrojó 17% más (3 276 millones), y hay indicios de que, incluso, éste subenumeró a la población. Si, además, se agregan los municipios conurbados en la última década (por lo menos dos: El Salto y Tonalá), la población sobrepasa los 3.5 millones.

También, al final de ese periodo, la mayor parte de este movimiento dejó de ser rural/urbano. Aunque los migrantes podían venir de asentamientos pequeños, sus antecedentes laborales ya no eran básicamente rurales. En encuestas levantadas en Guadalajara, repetidas en varias fechas durante los años ochenta, el autor encontró que las ocupaciones previas de los trabajadores migrantes eran, sobre todo, el comercio y las manufacturas, lo que significa que la transferencia de mano de obra de la agricultura a las actividades urbanas perdió importancia en la migración interna, y que se dio paso a la constitución de un mercado de trabajo nacional (e internacional) de carácter básicamente urbano.

A partir de 1960, por otra parte, es cada vez mayor el papel de la modernización y expansión de la organización empresarial corporativa y del sector público en el crecimiento de la movilidad social ascendente.¹³ Esto significa que a partir de entonces el grueso de la movilidad social ascendente ocurre, en el caso de los hombres, de los estratos manuales hasta todos los no manuales, y en el caso de las mujeres del autoempleo y los manuales a los no manuales bajos (empleadas, secretarias, maestras y enfermeras). En otras palabras, la migración rural/urbana pierde importancia en el conjunto de la movilidad social porque ella misma disminuye, pero también porque aumentan otros tipos de movilidad.¹⁴

El caso de Guadalajara es ilustrativo. De las personas que migraron a esta zona metropolitana durante el auge petrolero (es decir, entre 1975 y 1982) y que contaban con una historia laboral previa a su migración, sólo 20% procedía de la agricultura. Para 57% la migración *no* supuso cambio de estatus ocupacional. Pero cuando sí se dio un cambio de estatus al migrar, éste fue sobre todo de tipo ascendente: 80% de los migrantes móviles ocupacionales ascendieron de estatus ocupacional. Si sólo se toma en cuenta a los migrantes móviles ocupacionales que provenían de actividades urbanas, la migración a Guadalajara supuso movilidad ascendente en 68% de los casos.

De los 162 trabajadores ya activos que migraron a esta ciudad entre 1982 y 1990, una proporción aún menor (20 o 12.3%) venía de la agricultura. La migración supuso inmovilidad ocupacional para la mayor parte, 52.5% (85 trabajadores), la que desempeñó en Guadalajara ocupaciones

¹³ Esto se observa tanto en los estudios urbanos de esa década ya mencionados como en la discusión sobre terciarización recogida, por ejemplo, en Muñoz y Oliveira (1979).

¹⁴ Ambos tipos de movilidad corresponderían a cambios en la estructura del empleo (ambas básicamente estructurales y no circulares), pero en puntos distintos de la estructura. Sin embargo, en el texto prefiero no utilizar esta distinción, que ya ha sido deshechada en la literatura reciente sobre movilidad social (Goldthorpe, 1987).

en los mismos estatus que antes de migrar. La suerte de esta cohorte de migrantes fue menor que la de la anterior. Sólo 64.9% de los móviles ocupacionales ascendió en la escala de estatus, pero esto de todas maneras es mejor que lo que sucedió en el interior de la ciudad. Si sólo se toma en cuenta a los migrantes móviles ocupacionales provenientes de actividades urbanas —es decir, si se excluye a los que habían estado en la agricultura—, se podría decir que la migración a Guadalajara acarreó movilidad ascendente para 53 por ciento.

En resumen, los influjos por migración laboral hacia el mercado de trabajo de Guadalajara han cambiado así: *a*) la agricultura se ha convertido en el origen ocupacional de una minoría decreciente de migrantes (20 y 12% en nuestras dos cohortes de migrantes); *b*) por lo tanto, aumenta y ahora predomina la migración entre mercados de trabajo urbanos; *c*) la migración deja de acarrear movilidad social para la mayor parte de los migrantes, y *d*) entre los que cambian de estatus prevalece la movilidad ascendente, inclúyanse o no los migrantes de origen rural, quienes todavía dan cuenta de una buena parte de la movilidad ocupacional de los migrantes.¹⁵

2. Niveles de ingreso a la fuerza de trabajo: el papel de la reproducción social

Desde los años sesenta, Guadalajara posee una estructura de empleo relativamente dispersa (el tamaño de la unidad económica media es pequeño) y salarios bajos y desprotegidos. Por esta razón, de las tres metrópolis mexicanas, Guadalajara arrojó en 1976 los más altos índices de informalidad en el empleo, tanto por la alta proporción de trabajadores en unidades menores de cinco empleados como porque las prestaciones y salarios recibidos por la mayoría eran escasos. La dispersión e intensidad en trabajo de esas pequeñas unidades productivas corresponde a cierta facilidad en la absorción de fuerza de trabajo, por lo cual las tasas de participación laboral de jóvenes y mujeres habían sido más altas en Guadalajara que en el resto del país, pero ambos encuentran correspondencia también en las organizaciones familiar y doméstica. En efecto, el hogar no sólo reúne múltiples trabajadores porque los salarios son bajos y hay escasa seguridad laboral y social, sino que sintetiza la diversidad

¹⁵ La encuesta no lo muestra (sólo lo sugiere) debido a que puede interferir con el resultado la supervivencia y la permanencia diferenciales de las cohortes de migrantes en la ciudad. Éste es otro aspecto del problema de supervivencia diferencial y variable mencionado antes.

laboral de un mercado de trabajo que, si bien es móvil y competitivo, muestra fuertes líneas de segmentación por sexo, calificación y edad.

Durante los años ochenta hubo un aumento sustancial en las tasas de participación laboral de la población en Guadalajara y en las otras zonas metropolitanas de México (González de la Rocha, 1988 y 1990 y García y Oliveira, 1990 y 1994). Este aumento se distribuyó de manera muy desigual según sexo y edad. Los grupos que más aumentaron relativamente su participación en el empleo fueron el de mujeres mayores¹⁶ y el de varones jóvenes. Ambos aumentaron su participación 25% de 1982-1985 (González de la Rocha, *ibid*), y en 1987-1993 las tasas específicas de participación siguieron subiendo: para los hombres, 5.7% (de 70.7 a 74.7%) y para las mujeres, 13.6% (de 32.4 a 36.8%) (segundo trimestre, ENEU, Banco de Datos del INEGI, mayo de 1994). Este aumento palió, en los hogares, el descenso de los ingresos reales individuales (González de la Rocha, 1988 y 1993). El aumento en las tasas de participación masculina y femenina se explica por un solo hecho: durante este periodo ingresó una mayor cantidad de personas que nunca a la fuerza de trabajo; aunque una parte puede haber tenido experiencia laboral previa, la mayoría no contaba con dicha experiencia.

3. *Patrones de inserción laboral durante la prosperidad y la crisis*

El segundo paso de este análisis por aproximaciones sucesivas consiste en revisar lo ocurrido en los patrones de inserción de la población en el empleo: ¿se mantuvieron las tendencias del auge en los distintos estratos ocupacionales?, ¿cambiaron los puntos en que se concentran los trabajadores recién ingresados al mercado ante el estancamiento de ciertos tipos de empleo?, ¿reemplazaron los nuevos trabajadores a los experimentados, o más bien tendieron a concentrarse en los puntos bajos o marginales?, ¿en qué estratos es peor esto, según género? El cuadro 1 compara las diferencias en las distribuciones ocupacionales de los trabajadores varones con y sin experiencia en 1982 y 1990. El corte entre ambos se colocó en los siete años de experiencia laboral continua porque esto denota ingreso durante el periodo en cuestión (1975-1982 para el auge, 1982 a mediados de 1990 para la crisis).

¹⁶ Los diversos estudios utilizan diferentes umbrales de edad. González de la Rocha corta a los 15 años, edad que para ella significa el paso a la edad adulta laboral. García y Oliveira utilizan una variable *dummy* que se define por tener 30 o más años de edad.

Cuadro 1

Ocupaciones de los varones empleados en Guadalajara
en 1982 y 1990, según experiencia
(N y proporciones)

<i>Ocupación</i>	1982			1990		
	<i>Con exp.</i>	<i>Sin exp.</i>	<i>Total</i>	<i>Con exp.</i>	<i>Sin exp.</i>	<i>Total</i>
Profesionales	168	59	227	258	56	314
Funcionarios y dir.	10.3	9.3	10.0	11.3	5.0	9.2
Técnicos y Maestros	72 4.4	43 6.8	115 5.1	161 7.0	61 5.5	222 6.5
Empleados de oficina	194	108	302	239	207	446
Comercio	11.9	17.0	13.3	10.5	18.6	13.1
Manuales	846	350	1 196	913	602	1 515
Dependientes	52.0	55.1	52.9	40.0	54.0	44.6
Autoempleados	347 21.3	75 11.8	422 18.7	714 31.2	189 16.9	903 26.6
N total	1 627	635	2 262	2 285	1 115	3 400
Porcentaje total	71.9	28.1	100	67.1	32.9	100

Fuente: encuesta CIESAS-INEGI, julio-septiembre, 1990.

Nota: *Con exp.*, significa siete años o más de experiencia en ese año; *Sin exp.*, menos de siete años de experiencia. Excluye agropecuarios.

El cuadro 1 detalla la distribución ocupacional masculina en Guadalajara, según experiencia, al término del auge y en 1990. Cabe señalar que la proporción de no experimentados es un poco mayor en 1990 que en 1982, lo cual se debe al mayor ingreso al empleo que registraron las encuestas y los censos recientes (el aumento en la fuerza de trabajo del cual hablamos en el apartado anterior), y no, por el contrario, al abandono de la fuerza de trabajo por parte de trabajadores experimentados. Si este abandono fuera el responsable del cambio en la composición por experiencia, las tasas de participación se habrían mantenido estables o habrían descendido. El cambio más importante ocurre entre los profesionales, funcionarios y directores de empresa. Baja mucho la proporción de no experimentados que ingresa a ese estrato (mientras 9.3% de los no experimentados se ubicó en ese estrato en 1982, en 1990 sólo 5%). Este estrato no crece proporcionalmente durante la crisis, e ingresar a él es más difícil. El mismo proceso invierte la probabilidad de ubicarse en el segundo estrato: de ser más probable que un inexperto se ubicara allí en 1982 que un experto, en 1990 es más probable que un experto se ubicara en él. A pesar de que los salarios de los maestros caen abruptamente,

éstos parecen preferir la seguridad de esa ocupación al riesgo del mercado. En estos dos estratos, la probabilidad de ingreso de un no experto baja con la crisis. En el resto de los estratos tiene lugar un fenómeno contrario: la proporción de no experimentados que ingresan a los mismos es superior en 1990 a la de 1982. El único en el cual este aumento es sólo proporcional al del tamaño del estrato es el autoempleo: la probabilidad de que un trabajador no experimentado masculino se ubique en el autoempleo crece en la misma proporción que el estrato. No así entre los empleados y los trabajadores manuales dependientes: la probabilidad de que un trabajador no experimentado se ubique ahí crece más que el tamaño relativo del estrato en el conjunto de la estructura ocupacional. En otras palabras, los hombres sin experiencia han tenido que autoemplearse sólo en pequeña medida porque *siguen siendo absorbidos* de manera muy aceptable por la estructura del empleo dependiente como obreros y empleados de oficina, lo cual, como se verá, no sucede con las mujeres. Las dos ocupaciones dependientes bajas (empleados y trabajadores manuales dependientes) siguen siendo puerto de entrada; las dos altas pierden este papel.

Cuadro 2

Ocupaciones de las mujeres empleadas en Guadalajara
en 1982 y 1990, según experiencia
(N y proporciones)

Ocupación	1982			1990		
	Con exp.	Sin exp.	Total	Con exp.	Sin exp.	Total
Profesionales	20	16	36	35	42	77
Funcionarios y dir.	6.8	6.4	6.6	6.5	4.6	5.2
Técnicos y Maestros	60	41	101	119	105	224
	20.5	16.4	18.7	22.2	11.5	15.3
Empleados de oficina	66	98	164	129	293	422
Comercio	22.6	39.2	30.2	24.1	31.9	29.1
Manuales Dependientes	72	60	132	113	253	366
	24.7	24.0	24.4	21.1	27.6	25.2
Autoempleados	74	35	109	140	224	364
	25.3	14.0	20.1	26.1	24.4	25.2
N total	292	250	542	536	917	1 453
Porcentaje total	53.7	46.3	100	36.9	63.1	100

Fuente: encuesta CIESAS-INEGI, julio-septiembre, 1990.

Nota: igual que el cuadro 1.

Las diferencias entre hombres y mujeres son marcadas. Hay una expansión mayor de la fuerza de trabajo femenina que masculina: mientras que durante el auge ingresa menos de la mitad de la fuerza de trabajo total de 1982 (250 de 542, o 46.3%), durante la crisis ingresan casi dos terceras partes de esa fuerza de trabajo: aquellas con menos de siete años de experiencia son mayoría. Esto quiere decir que *todos* los estratos femeninos, excepto el de maestras y técnicas, están compuestos en 1990 sobre todo por trabajadoras con poca experiencia. Las mujeres tienen una distribución aparentemente más favorable que los hombres: hay una proporción superior de mujeres trabajadoras no manuales que de hombres, aunque menos profesionales. Pero en esto mismo ocurre un deterioro considerable: mientras que antes de la crisis los estratos no manuales daban cuenta de más de la mitad de las mujeres ocupadas, esta proporción disminuye en 1990, sobre todo por la entrada masiva de mujeres a los dos estratos más bajos. Nótese cómo disminuye sustancialmente la proporción de mujeres sin experiencia en los estratos no manuales, pero mientras que entre los hombres hay una disminución proporcional de los que ingresan al trabajo manual dependiente, entre las mujeres hay un pequeño aumento, lo cual, dado el crecimiento en el tamaño de la fuerza de trabajo femenina, indica que, en el agregado, existe cierto remplazo de obreros por obreras durante la crisis. De un estudio de este estrato solo, podría deducirse una “salarización” y una “proletarización” del empleo femenino, pero resulta que esta tendencia es menos importante que la expansión del autoempleo femenino, basada sobre todo en mujeres sin experiencia laboral. Mientras que en 1982 había dos mujeres experimentadas en este estrato por cada mujer no experimentada (74:35), la situación prácticamente se invierte en 1990 (140:224). Estas mujeres en muchos sentidos, son diferentes de los hombres de ese estrato. Un análisis detallado muestra que son mujeres mayores, con hijos, unidas, de baja escolaridad, que no ejercen en sus ocupaciones habilidades reconocidas, que trabajan más horas que los hombres en ese mismo estrato (sobre todo en el pequeño comercio) y que obtienen ingresos inferiores a los de las obreras. Mientras que las mujeres sin experiencia tienden a agolparse en posiciones netamente marginales mucho más que en 1982, los hombres sin experiencia, aunque en desventaja, ingresan prácticamente tanto como antes a las dos ocupaciones “de entrada” de la estructura del empleo dependiente. Estas diferencias seguramente se relacionan con el cambio en la oferta de trabajadores hombres y mujeres: un ligero aumento de la oferta masculina, una inundación en el caso de las mujeres.¹⁷

¹⁷ La información de las trayectorias laborales no basta para concluir que hay una

4. *Los patrones de movilidad ocupacional*

Si la movilidad social por migración dejó de ser importante; si hubo variaciones considerables en los niveles de oferta laboral según el género y si los patrones de inserción de nuevos trabajadores variaron ligeramente en el caso de los hombres y fuertemente en el caso de las mujeres, entonces es razonable pensar que la movilidad *local* exprese los cambios estructurales, que los patrones de movilidad ocupacional propiamente dichos (es decir, los que acarrearán cambios en el estatus ocupacional de los individuos) también hayan cambiado, y que existan diferencias notables entre hombres y mujeres.

Respecto de los hombres, las matrices de transferencia ocupacional 1975-1982 y 1982-1990 (que no aparecen) indican que durante el auge hubo una cierta mejoría, o movilidad ascendente general, en los estratos no manuales, entre los cuales disminuye el tamaño de los no manuales bajos y crece el de profesionales. Sin embargo, hay un aumento del autoempleo *durante el auge*. Esto había sido notado por García (1988). Si se considera este aumento del autoempleo como una manifestación de movilidad descendente, entonces hay un ligero predominio de la movilidad descendente. Conviene señalar, sin embargo, que durante el auge la opción del autoempleo muchas veces resultaba atractiva porque la posibilidad de negociar individualmente el precio de bienes y servicios parecía más rentable que la posible mejoría salarial o la promoción dentro de una empresa. Hay también un ligero aumento del autoempleo por ciclo vital (al envejecer y tener más experiencia los hombres tienden hacia el autoempleo en Guadalajara), que sin embargo no basta para explicar el aumento total de ese autoempleo. Por último, una movilidad ocupacional ascendente significativa de los estratos manuales a los no manuales muestra la necesidad de no parcializar el análisis de los mercados de trabajo: la “apertura” del mercado de trabajo manual que se observó durante el auge no sólo abarcaba el acceso a mejores empleos manuales, sino buenas posibilidades de ascenso a los estratos no manuales.

Durante la crisis aumenta la movilidad descendente. El cambio más significativo es el crecimiento del autoempleo por movilidad ocupacional, en escala mucho mayor que antes. Sin embargo, persisten las posibilidades de ascenso ocupacional masculino hacia el estrato más alto.

“inundación” de mujeres en la fuerza de trabajo, puesto que las entrevistadas son sobrevivientes. Esta afirmación proviene de las encuestas de empleo mencionadas previamente.

Pero ¿qué tan “descendente” es el tránsito de los hombres hacia el autoempleo? Los profesionales que transitan hacia el autoempleo durante la crisis pierden 27.4% de sus ingresos *respecto de los que permanecen en ese estrato*; los que van hacia allá desde el estrato de técnicos pierden 14.4%, pero los que se salen del empleo manual dependiente ganan 5.7%, y quienes salen del empleo de oficina también ganan, y mucho: 45 por ciento. En otras palabras, el tránsito hacia el autoempleo es un movimiento descendente en términos de ingresos sólo para los que salen de los dos estratos más altos.

Conviene señalar la gran discusión sobre la razón y la forma e inclusión de las mujeres en análisis de movilidad social. No entraré en detalle en ella porque ha sido ampliamente difundida (Goldthorpe, 1987 y Payne y Abbott, 1990); baste decir que analizo la evolución de los patrones de movilidad social femenina, *a*) como parte de la estructura ocupacional total; *b*) en tanto denotan desigualdad de género, y *c*) porque los cambios en los patrones de empleo y movilidad femenina contribuyen al cambio en la naturaleza de las *clases sociales*.¹⁸

El análisis de la movilidad social de las mujeres de 1975-1982 es el menos confiable del conjunto de los análisis (hay algunas celdas donde p es más de .05) por la baja tasa de participación femenina (se encuentran menos mujeres que hombres trabajadores en una muestra probabilística de hogares) y por la intermitencia de las mujeres en el empleo (Cerrutti y Roberts, 1995). Esto no ha obstaculizado la deducción de resultados en estudios similares, sin embargo, y ésta es de todas maneras una buena muestra de mujeres trabajadoras en ese periodo por lo que puede deducirse de su correspondencia con encuestas aplicadas en ese periodo. Tómese en cuenta que para estar en este análisis es necesario que las mujeres hayan estado empleadas en 1990 y en 1982, para el análisis de la crisis, y en 1990, 1982 y 1975 para estar en el análisis del auge. En resumen, las mujeres que sí permanecen en el empleo, en condiciones de estabilidad del mercado, son menos móviles que los hombres. Por otra parte, hay más movilidad ascendente entre las mujeres porque el estrato de autoempleadas crece menos. Por último, aunque hay un nivel alto de movilidad entre los estratos manuales y el más bajo de los no manuales, la movilidad femenina está más circunscrita a dos grandes dominios (o segmentos) de movilidad: los dos estratos altos tienen mucha movilidad de intercambio o circular entre sí, lo mismo que los dos niveles más bajos (del empleo manual dependiente al autoempleo y viceversa).

¹⁸ Con esto quiero decir que, en una gran cantidad de países, incluido México, a partir de 1960 ó 1970 la ubicación laboral de las mujeres de un hogar debe pesar en la definición de clase de ese hogar, haya o no un hombre “jefe” en el mismo.

Con la crisis es marcado el empeoramiento de los patrones de movilidad social femenina. Con la excepción del estrato de maestras, técnicas y enfermeras, donde la movilidad se mantiene escasísima, ésta aumenta mucho: se podría decir que toda la estructura del empleo femenino se desestabiliza a partir de 1982. Persiste la interacción entre los dos estratos inferiores pero disminuye mucho la movilidad en los superiores: las mujeres que pudieron mantener su empleo lo hicieron. Esto representa una disminución de las posibilidades significativas de movilidad ocupacional ascendente.

La revisión del carácter descendente o no del movimiento hacia el autoempleo entre las mujeres es más contrastante: las que dejan empleos profesionales pierden 59.6% de sus ingresos *respecto de las que permanecen en ellos*. No es confiable el resultado para las que dejan puestos técnicos o de maestras. Las que dejan trabajos manuales dependientes pierden 12 por ciento. Las que dejan empleos de oficina son las únicas que ganan 5.2 por ciento. En otras palabras, el movimiento hacia el autoempleo es descendente en términos de ingresos para las mujeres con relación a los hombres, y por lo tanto, el empeoramiento de sus patrones de movilidad social tiene para ellas un mayor efecto negativo, en términos de ingresos.

Es posible partir de las matrices de transición de ocupaciones para medir tanto los niveles de movilidad ocupacional como la probabilidad relativa de ascender o descender en la estructura a lo largo del tiempo. Por la agregación que esto implica, estos resultados son todos significativos al .05 o menos. El cuadro 3 resume y compara los niveles de movilidad ocupacional y la razón entre la probabilidad de ascender *versus* la probabilidad de descender ($P. \text{ ascenso}/P. \text{ descenso}$) para hombres y mujeres en ambos periodos. Esta razón se llama momio (*odds*).

Cuadro 3

Resumen de la movilidad
1975-1982 y 1982-1990

	1975-1982		1982-1990		Momio 2- Momio 1
	Movilidad ocupacional total	Momio 1: ascendente descendente	Movilidad ocupacional total	Momio 2: ascendente descendente	
Hombres	22.3	.80	41.2	.58	-22
Mujeres	18.3	1.19	28.9	.56	-63

Fuente: encuesta CIESAS-INEGI, julio-septiembre, 1990.

El aumento del autoempleo masculino durante el auge, implica altos niveles de movilidad hacia ese estrato; como lo consideramos el más bajo, aumenta mucho la movilidad descendente entre los hombres, por lo cual el momio masculino para ese periodo es inferior a 1 (.80), lo cual significa que para ellos era ligeramente más probable descender que ascender. Para las mujeres, en cambio, la probabilidad de ascender era significativamente mayor. Durante ese periodo, las mujeres salían del autoempleo y de los niveles bajos de la estructura y subían sistemáticamente. Con la crisis empeora mucho la movilidad en ambos grupos; sin embargo, el empeoramiento es mucho mayor para las mujeres (quienes pierden .63, y los hombres sólo .22), y la razón de probabilidades de ascenso/descenso prácticamente se iguala entre los sexos.

En el cuadro 4 se han agregado las categorías ocupacionales en cuatro: *S* equivale al estrato de profesionales y directores (*Service Class*); *I*, significa intermedia, la suma de los dos estratos no manuales bajos; *W*, equivale a la manual dependiente (*Working Class*), y *AE*, autoempleo. Retengo las iniciales inglesas para denotar que estos estratos son comparables a los que usó Goldthorpe (1987), excepto porque, de cada uno de ellos, se extrajo a los autoempleados. Sin embargo, por la distorsión que la movilidad hacia y desde el autoempleo genera en las mediciones, en el cuadro 4 se excluye el autoempleo. Por lo tanto, se refiere sólo a la movilidad dentro de la estructura del empleo dependiente. El mayor nivel de agregación hace confiables estos resultados; en él se comparan las razones entre las probabilidades de distintos tipos de movilidad de hombres y mujeres: cuando el índice es mayor que 1, significa que los hombres tienen más probabilidades de “ganar” en la competencia por ese estrato sobre otro que las mujeres; cuando el índice es menor significa que las mujeres son las que tienen más probabilidades de lograr (o sufrir) ese tipo de movilidad que otro. Este análisis sigue al que realizó Portocarero (1989) para Francia y Suecia.¹⁹ Estas razones (llamadas de disparidad por Portocarero) se aplican aquí, en lugar de otros posibles índices, porque son independientes de los cambios en la estructura ocupacional en su conjunto; es decir, si empeoran las posibilidades de ascenso para hombres y mujeres *de la misma manera*, aunque el conjunto de la estructura varíe, no habrá cambio en el índice. En cambio, si la crisis recrudeció la desigualdad, los índices deben crecer en el caso de la movilidad ascendente (los hombres aumentarán su posibilidad de ascender más que las muje-

¹⁹ Hay una diferencia con el análisis de Portocarero, sin embargo: ella reubica algunos estratos de la distribución femenina de tal manera que sus estratificaciones masculina y femenina son diferentes. Aquí, por el contrario, esta estratificación se mantiene idéntica entre hombres y mujeres.

res) y descender en el caso de la movilidad descendente (la probabilidad de descenso de las mujeres aumentará con relación a la de los hombres). Esta es, en pocas palabras, la hipótesis: las desigualdades, “ocultas” por una situación de bienestar generalizado, durante la crisis aumentan y se manifiestan abiertamente.

En general, el cuadro 4 confirma lo postulado. La ventaja masculina en términos de movilidad ascendente se mantiene o crece, sobre todo en el nivel más agregado, “de *I* y *W* a *S*”, en donde hay una ligera ventaja masculina durante la bonanza (1.19), que se acrecienta con la crisis (a 1.41). Se puede observar que las mujeres móviles ocupacionales llevan siempre ventaja en la movilidad ascendente del trabajo manual al no manual bajo (*W* - *I*), y que este rasgo “estructural” no cambia. Pero en tres de los cuatro tipos de movilidad descendente empeora la posición de las mujeres (es entonces más probable que ellas, y no los hombres, descendan). Esto es evidente en índices que cambian de más de uno (más de un hombre que “baja” por cada mujer) a menos de uno (menos de un hombre que “baja” por cada mujer que lo hace).

Cuadro 4

Desigualdad de género.

Relaciones de desigualdad entre movilidades masculina y femenina dentro del empleo dependiente durante el auge petrolero y la crisis

<i>Tipo de movilidad</i>	<i>Auge</i>	<i>Crisis</i>
Ascendente:		
larga dist. (<i>W-S</i>)	1.5	(.04/0) aumento ^a
dist. corta (<i>I-S</i>)	2.54	2.03
dist. corta (<i>W-I</i>)	0.67	0.70
de <i>I</i> y <i>W</i> a <i>S</i>	1.19	1.41
Descendente:		
larga dist. (<i>S-W</i>)	0.63	0.79
dist. corta (<i>S-I</i>)	más de 1	0.58
dist. corta (<i>I-W</i>)	5.56	0.41
de <i>S</i> y de <i>I</i> a <i>W</i>	1.25	0.60

Fuente: encuesta CIESAS-INEGI, julio-septiembre, 1990.

^a Como hay cero mujeres que ascienden de ocupaciones manuales dependientes a ocupaciones profesionales durante la crisis, el índice no se puede calcular. Sin embargo, por el tamaño de la muestra y por la frecuencia esperada en esa celda de la matriz de transferencia, se puede decir que esta ausencia de mujeres con ese tipo de movilidad es significativa, y que, por lo tanto, la ventaja masculina aumenta del auge a la crisis.

El cuadro 5 enfoca la desigualdad social como la razón de las probabilidades que tienen individuos de distinto origen para lograr cierto estatus al final de cada periodo.²⁰ Desde luego, se postula que los que se inician en el estrato más alto tienen una probabilidad mayor que los de estratos bajos de terminar cada periodo en la posición más alta. Esto permite una evaluación nueva de la hipótesis de trabajo: ¿pudieron los individuos que se encontraban en estratos altos mantener su ventaja respecto de los de estratos bajos?, o, por el contrario, ¿hay elementos para suponer que la reestructuración económica favoreció la reubicación individual según otros criterios y, por lo tanto, el remplazo de individuos y la recomposición de la estructura del empleo? Aquí no se relacionan las probabilidades de hombres y mujeres, sino de hombres de un estrato con las de otros y de mujeres de uno con las de otras. Si, en efecto, los patrones gozaron de flexibilidad para remplazar individuos, según su propia conveniencia, lo probable es que ocurra una disminución de las ventajas relativas según ocupación inicial, es decir, de la desigualdad social en estos términos.²¹ Esto es lo que indica el cuadro 5.

En la “competencia” por terminar en el estrato más alto (*S*), los varones que inician el periodo del auge en él (renglón 1) tienen 41 veces más probabilidad de terminar el periodo en esa posición que los varones que inician el periodo en el estrato *W*. Durante la crisis esta ventaja se reduce a la mitad (a 18). Estas enormes ventajas, conviene advertir, serían menores si se comparara toda la extensión de las trayectorias ocupacionales de unos y otros, porque la probabilidad de que ocurran cambios importantes de estatus es menor mientras menor es el periodo que se estudia. La misma reducción de ventajas relativas se observa al comparar los índices agregados, que calculan la probabilidad, de los que inician en el más alto, de terminar ahí, con las probabilidades agregadas de los que inician en el empleo manual dependiente (*W*) y en los estratos manuales medios y bajos (*I*), en el renglón 2. Pero la disminución de “ventajas”

²⁰ Éste es el tipo de análisis más típico de desigualdad incluido en los estudios de movilidad social desde 1978 (véase discusión en Goldthorpe, 1987, y muchos otros, incluso Italia, Japón y estudios comparativos de numerosos países europeos que han formado parte de Comparative Analysis of Social Mobility in Industrialized Nations [CASMIN]).

²¹ Desde luego, esto no indica disminución de la desigualdad social en términos más generales o abstractos, ya que el análisis se limita fundamentalmente a las clases sociales que podríamos llamar asalariadas en general. La desigualdad que mide este análisis se refiere, por lo tanto, al privilegio relativo de un profesional *versus* un obrero, pero de ninguna manera enfrenta el privilegio de un verdadero capitalista con el de un asalariado de cualquier tipo. Este análisis sólo se referiría a la desigualdad social en general si en efecto la ocupación hubiera suplido completamente a la clase como criterio de estructuración social, lo cual no ha sucedido.

Cuadro 5

Desigualdad social.

Razones de desigualdad entre las probabilidades de terminar en estratos selectos entre individuos de estrato ocupacional inicial diferente (dentro del empleo dependiente) durante el auge petrolero y la crisis

<i>Tipo de movilidad</i>	<i>Auge</i>	<i>Crisis</i>
Hombres: ventaja relativa de los que inician en <i>S</i> para terminar en <i>S</i>		
1) <i>versus</i> obreros ($S-S/W-S$)	41.2	18.5
2) <i>versus</i> obreros y empleados ($S-S/W-S, I-S$)	11.1	6.7
Hombres: "riesgo" relativo de los que inician en <i>W</i> para terminar en <i>W</i>		
3) <i>versus</i> profs., func. ($W-W/S-W$)	18.1	30.0
4) <i>versus S e I</i> ($W-W/S-W, I-W$)	8.9	5.8
Mujeres: ventaja relativa de las que inician en <i>S</i> para terminar en <i>S</i>		
5) <i>versus</i> obreras ($S-S/W-S$)	66.4	—
6) <i>versus</i> obreras y empleadas ($S-S/W-S, I-S$)	30.0	13.5
Mujeres: "riesgo" relativo de las que inician en <i>W</i> para terminar en <i>W</i>		
7) <i>versus</i> profs., func. ($W-W/S-W$)	10.2	22.8
8) <i>versus S e I</i> ($W-W/S-W, I-W$)	18.8	16.7

Fuente: encuesta CIESAS-INEGI, julio-septiembre, 1990.

corresponde sólo en parte a una reducción de los riesgos de los que inician abajo de terminar abajo. Esto sólo sucede en el índice agregado (renglón 4), pero no en la comparación extrema entre hombres que inician como trabajadores manuales y los que inician como profesionales (renglón 3). La conclusión, en el caso de los hombres, es que disminuyen tanto las ventajas del inicio en la cima como los riesgos del inicio en la clase trabajadora, pero no en todos los estratos, sino sólo a nivel agregado. Entre las mujeres los índices agregados muestran mayor desigualdad social de logros ocupacionales que entre los hombres (compárense los renglones 2 y 6). El hecho de que no se haya registrado ni una sola mujer que ascendió del estrato de trabajo manual dependiente al estrato profe-

sional durante la crisis es interesante, ya que en esta tabla de movilidad había más del doble de mujeres que en la previa (la del auge), y por lo tanto, si no hubiera habido cambios en las probabilidades relativas de movilidad, debería haber correspondido por lo menos el doble de las registradas en el primer periodo. Esto sucede porque en el cuadro 5 se ha buscado distinguir esta movilidad entre extremos y no la movilidad entre los estratos medios, que es más alta entre las mujeres que entre los hombres (las mujeres tienen más probabilidad que los hombres de pasar de trabajos manuales dependientes a trabajos no manuales bajos).

Tanto entre los hombres como entre las mujeres, el riesgo de permanecer en *W* crece con la crisis, al compararse con los(las) profesionales, pero, mientras el riesgo agregado de estos hombres *versus* todos los demás disminuye con la crisis (renglón 4) de 8.9 a 5.8, el equivalente de las mujeres (renglón 8) casi no cambia (va de 18.8 a 16.7).

La conclusión de estos índices es paradójica, pero complementaria, a la del cuadro 4. La crisis, al promover una restructuración con remplazo de la fuerza de trabajo repercute en una relativa apertura en los niveles altos, es decir, en una disminución de la desigualdad social de oportunidades de lograr un estatus alto en el caso de los varones, lo cual corresponde a una disminución del riesgo de permanecer abajo, en el cálculo agregado. En los extremos (*S versus W*) aumenta la desigualdad: tanto la ventaja como el riesgo en el caso de las mujeres, y el riesgo en el caso de los hombres. La mayor desigualdad de logros ocupacionales entre las mujeres (tanto de ventajas como de riesgos) corresponde a lo visto en el cuadro 4: las probabilidades masculinas de movilidad ascendente son mayores y crecientes respecto de las femeninas.

Este análisis no “explica” las diferencias de movilidad, sino que mide y observa cómo ésta cambió entre distintas clases y categorías de un periodo a otro. Las “explicaciones” serían de dos órdenes. Primero, macroeconómicas y de organización del trabajo, y, segundo, de determinantes individuales de la movilidad y los cambios en éstos de un periodo a otro. Este sería otro análisis, que aquí no se aplica. Sin embargo, algunos análisis que ya hemos realizado permiten observar que una buena parte del descenso del estrato *S* consiste en individuos que habían llegado recientemente a este estrato y que no poseían credenciales profesionales. Esto es particularmente cierto entre las mujeres. Es decir, debe matizarse la interpretación del descenso en la desigualdad de probabilidades de logro de estatus alto.

Por último, se puede decir que las mujeres de estratos bajos tienen una desventaja doble o “compuesta” respecto de los hombres: por una parte, una desventaja en comparación con los hombres; por otra, una mayor desigualdad de oportunidades respecto de las mujeres de estratos al-

tos. En otras palabras, un análisis segregado de hombres y mujeres muestra diferencias según género en la movilidad social. Las mujeres tienen menos oportunidades de logros altos en la estructura ocupativa femenina que los hombres en la suya.

Conclusiones

El estudio sistemático de los patrones de inserción y movilidad ocupacionales permite aquilatar con precisión el efecto de los cambios macroeconómicos en la desigualdad de logros ocupacionales masculinos y femeninos. Entre otras cosas, muestra que la fuerza y las formas de circunscripción de la movilidad laboral *a*) cambian del auge a la crisis; *b*) son distintos para hombres y mujeres (sobre todo en la probabilidad de tránsito de ocupaciones manuales a no manuales), y *c*) se deterioran más para las mujeres que para los hombres: a pesar de la disminución de espacios en los niveles altos de la estructura, ésta sigue teniendo rasgos de apertura para los hombres; no obstante, no es así para las mujeres (los únicos espacios no manuales abiertos a las que inician abajo son los empleos de oficina y comercio).

Nuestros estudios previos se enfocaron más a la apertura, a la flexibilidad y a los altos niveles de movilidad laboral en el mercado de trabajo manual de Guadalajara. El conjunto precedente de análisis sugiere un efecto importante de la restructuración en los volúmenes y patrones de inserción laboral, en los niveles de movilidad laboral y social y en los patrones y niveles de desigualdad de género y social de la movilidad ocupacional.

La falta de despidos masivos, de huelgas o de cambios contractuales radicales sugería que, en Guadalajara, lo que ocurrió fue una restructuración "pasiva" del empleo: el retiro individual de ciertos empleos para ir a otros, y el remplazo, individuo por individuo, de la fuerza de trabajo: así lo indicaba la movilidad voluntaria de trabajadores capacitados del empleo dependiente, cada vez menos atractivo, hacia el autoempleo; o los ingresos de los trabajadores varones que salen del empleo dependiente, sobre todo de niveles manuales, no sustancialmente inferiores a los de los trabajadores que permanecieron en sus puestos durante el periodo.

Sin embargo, el análisis presentado aquí indica que, sin importar el medio por el cual se restructuró el empleo, esto fue profundo: así lo señala el cambio en los patrones de movilidad y en los términos de desigualdad entre los trabajadores de distintos estratos. Esto quiere decir que, o bien tuvo lugar una restructuración del trabajo industrial durante la crisis *a pesar de que ese tipo de empleo ya nos parecía muy inseguro, competi-*

tivo y flexible antes de la crisis (Escobar, 1986a y 1986b), o bien que la reestructuración en el conjunto de los otros estratos fue bastante drástica. Contamos con estudios sobre la reestructuración industrial, sobre todo en empleos manuales (Carrillo, 1990 y Herrera, 1993), pero se deben ampliar los estudios de la reestructuración del trabajo a los estratos no manuales (en comercios, en la educación, en la administración pública y en los servicios profesionales) para analizar el conjunto de la estructura de oportunidades ocupativas de la población.²²

El análisis precedente tiene otras limitaciones. Es un análisis de las clases sociales no propietarias. Además, no hace afirmaciones tajantes a propósito de las clases sociales, y esto por dos razones, primera, porque el autor cree que las clases deben analizarse en trayectorias de vida extendidas (Cf. *supra*), y la inmediatez de la reestructuración no permite evaluar los cambios en las oportunidades individuales a lo largo de toda la trayectoria; segunda, porque está variando la contribución de las mujeres a la condición de clase de sus familias en parte precisamente por su mayor participación y permanencia en el empleo; por último, porque para “diagnosticar” cambios de clase es necesario conocer la reproducción o no de las oportunidades y de las variadas formas de capital social, lo cual implica un análisis de organización doméstica y uno de herencia/movilidad ocupacional *intergeneracional*. En el futuro cercano el autor se propone llevar a cabo estas tareas.

Recibido en junio de 1994
Revisado en febrero de 1995

Correspondencia: CIESAS OCCIDENTE/España núm. 1359/Col. Moderna/C.P. 44190/
Guadalajara, Jal./Fax 913 684 11 51.

²² En el análisis mostrado aquí, la búsqueda de precisión y comparabilidad tiene un costo: los diferentes tipos de movilidad tienen significados distintos para cada periodo y para cada género, mismos que no se exploran. Esto quiere decir que, estrictamente, no son del todo comparables: lo más preciso sería elaborar una clasificación distinta para cada periodo y cada género, pero esto haría cuestionable su comparabilidad. En otras palabras, si sólo se comparara el cambio de un periodo a otro entre las mujeres, se debería adecuar la estratificación ocupacional de manera similar a Portocarero (1989), que usa una estratificación femenina distinta a la masculina; si sólo se compararan hombres y mujeres en el mismo periodo se podría hacer algo similar, pero se optó aquí por la uniformidad para dar mayor claridad a la exposición, y comparabilidad a los resultados.

Bibliografía

- Arizpe, Lourdes (1975), *Indígenas en la ciudad de México: el caso de las Mariás*, México, Sep Setentas.
- Arroyo Alejandro, Jesús y Luis Arturo Velázquez (1990), "La migración hacia Guadalajara: algunas comparaciones de las encuestas de hogares de 1972 y 1986" en Guillermo de la Peña *et al.*, *Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudios de la sociedad urbana en México*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara/CIESAS.
- Balán, Jorge (1969), "Migrant-native Socioeconomic Differences in Latin American Cities: A Structural Analysis", *Latin American Research Review*, 4 (1): 3-29.
- _____, H. Browning y E. Jelin (1973), *Men in a Developing Society: Geographic and Social Mobility in Monterrey, Mexico*, Austin, University of Texas Press.
- Bertaux, Daniel (1977), *Destins personnels et structure de classe*, colección Politiques, Vendôme, P. Universitaires de France.
- Blau, Peter M. y Otis Dudley Duncan (1967), *The American Occupational Structure*, Nueva York, The Free Press.
- Cabrera, Gustavo (1975), "Migración y actividad económica en México", *Cahiers des Amériques Latines*, 12: 1-32.
- Carrillo, Jorge (1990), "The Restructuring of the Car Industry in Mexico: Adjustmen Policy and Labor Implications", Austin, Texas Papers on Mexico, Universidad de Texas en Austin.
- Cerrutti, Marcela y Bryan Roberts (1995), "Entradas y salidas de la fuerza de trabajo: la intermitencia del empleo femenino en México" en Agustín Escobar y Mercedes González de la Rocha, *Reestructuración y sociedad*, México, CIESAS.
- Contreras Suárez, Enrique (1978), *Estratificación y movilidad social en la Ciudad de México*, México, IISUNAM.
- Cortés, Fernando y Rosa María Rubalcava (1992), "Concentración del Ingreso en México: 1984-1989", ponencia presentada ante el seminario Social and Demographic effects of Mexico's Economic Crisis, Austin, Texas, abril.
- Dombois, Rainer (1992), "Trayectorias laborales y estructura del mercado de trabajo. El caso de los obreros en la industria colombiana", en *Ajuste estructural, mercado de trabajo y TLC*, México, El Colegio de México.
- _____, (1993), "Un trabajo sin prestigio: situaciones laborales y trayectorias obreras en la industria colombiana" en R. Dombois y C. M. López (comps.), *Cambio técnico, empleo y trabajo en Colombia*, Bogotá, FESCOL.
- Edwards, Richard (1979), *Contested Terrain. The Transformation of the Workplace in the Twentieth Century*, Londres, Heinemann.
- Erikson, Robert (1981), "Social Class of Men, Women and Families" en John H. Goldthorpe (1987), *Social Mobility and Class Structure in Modern Britain*, Oxford, Clarendon Press.
- Escobar Latapí, Agustín (1984), *Dependent Industrialization and Labour Market Structure*, tesis de doctorado, University of Manchester.

- _____ (1986a), *Con el sudor de tu frente. Mercado de trabajo y clase obrera en Guadalajara*, Guadalajara, el Colegio de Jalisco.
- _____ (1986b), "Patrones de organización social en el mercado de trabajo de Guadalajara" en Guillermo de la Peña y Agustín Escobar (comps.), *Cambio regional, mercado de trabajo y vida obrera en Guadalajara*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco.
- _____ (1988), "The Rise and Fall of an Urban Labour Market: Economic Crisis and the Fate of Small Workshops in Guadalajara, Mexico", *Bulletin of Latin American Research*, 7 (2): 183-206.
- _____ (1993a), *Autoempleo e informalidad en Guadalajara: 1975-1982-1990*, mimeografiado, CIESAS-Occidente.
- _____ (1993b), "Crisis, reestructuración y mercado de trabajo: nuevos patrones de inserción y movilidad laborales en Guadalajara, México", ponencia presentada en el XIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Caracas, junio.
- García, Brígida (1988), *Desarrollo económico y absorción de fuerza de trabajo en México: 1950-1980*, México, El Colegio de México.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1990), "Cambios en los determinantes del trabajo femenino", México, El Colegio de México, mimeografiado.
- _____ y Orlandina de Oliveira (1994), *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, El Colegio de México.
- Goldthorpe, John H. (1987), *Social Mobility and Class Structure in Modern Britain*, Oxford, Clarendon Press.
- González de la Rocha, Mercedes (1988), "Economic Crisis, Domestic Reorganization and Women's Work in Guadalajara, México", *Bulletin of Latin American Research*, 7 (2): 207-223.
- _____ (1989), "Crisis, economía doméstica y trabajo femenino" en Orlandina de Oliveira (coord.), *Trabajo, poder y sexualidad*, México, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, El Colegio de México.
- _____ (1993), "Familia urbana y pobreza en América Latina", CEPAL.
- _____ y Agustín Escobar Latapi (eds.) (1991), *Social Responses to Mexico's Economic Crisis*, La Jolla, Center for US-Mexican Studies, University of California, San Diego.
- Gordon, D., R. Edwards y M. Reich (1972), *Theories of Poverty and Underemployment*, Lexington, Mass., Lexington Books.
- _____ (1982), *Segmented Work, Divided Workers*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Gregory, Peter (1987), *The Myth of Market Failure*, Boston, Johns Hopkins University Press.
- Herrera Lima, Fernando F. (1993), "La flexibilización contractual en la industria automotriz de México", ponencia presentada ante el XIX Congreso Latinoamericano de sociología, Caracas, mayo.
- INEGI (1990), *Cuaderno de Información Oportuna*, 213, Aguascalientes, autor.
- _____ (1991), *Encuesta Nacional sobre Empleo Informal (1988)*, Aguascalientes, autor.
- _____ (1994), *Banco de Datos INEGI*, mayo.

- Muñoz, Humberto, Orlandina de Oliveira y Claudio Stern (eds.) (1977), *Migración y desigualdad social en la ciudad de México*, México, El Colegio de México-IISUNAM.
- ____ y Orlandina de Oliveira (1979), "Algunas controversias sobre la fuerza de trabajo en América Latina" en R. Kaztman y J. L. Reyna (comps.), *Fuerza de trabajo y movimientos laborales en América Latina*, México, El Colegio de México.
- Nun, José (1969), "Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal", *Revista Latinoamericana de Sociología*, 1 (2), 178:237.
- Pastore, José (1978), *Desigualdade e mobilidade social no Brasil*, Río de Janeiro.
- Payne, Geoff y Pamela Abbott (comps.) (1990), *The Social Mobility of Women. Beyond Male Mobility Models*, Basingstoke, The Falmer Press.
- Portes, Alejandro y John Walton (1981), *Labor, Class and the International System*, Nueva York, Academic Press (Studies in Social Discontinuity).
- Portes, Alejandro (1985), "Latin American Class Structures: Their Composition and Change During the Last Decades", *Latin American Research Review*, XX (3) 7:40.
- Portocarero, Lucienne (1989), "Trends in Occupational Mobility: The Gender Gap in Sweden", *Acta Sociologica* (32), 4:359-374.
- Pries, Ludger (1992), "Del mercado de trabajo y del sector informal. Hacia una sociología del empleo: trabajo asalariado y por cuenta propia en la ciudad de Puebla", en *Ajuste estructural, mercado de trabajo y TLC*, México, El Colegio de México.
- Rendón, Teresa y Carlos Salas (1992), "El mercado de trabajo no agrícola en México: tendencias y cambios recientes", en *Ajuste estructural, mercado de trabajo y TLC*, México, El Colegio de México.
- Roberts, Bryan (1978), *Cities of Peasants. The Political Economy of Urbanization in the Third World*, Londres, Edward Arnold.
- ____ (1990), "Employment Structure, Life Cycle and Life Chances: Formal and Informal Sectors in Guadalajara" en A. Portes, M. Castells y L. Benton (eds.), *The Informal Economy. Studies in Advanced and Less Advanced Countries*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Unikel, Luis y C. Ruiz Chiapetto (1975), "Factores de rechazo y atracción de la migración", *Cahiers des Ameriques Latines*, 12: 33-65.
- Urrea, Fernando (1993), "Mercados de trabajo urbanos, informalidad, organización del trabajo y relaciones laborales en las décadas del 80 y del 90 para el caso colombiano", ponencia presentada en el XIII Congreso de ALAS, Caracas, junio.

